

¿Agotamiento Político?

De la Ofensiva a la Defensa

POR LORENZO MEYER

POR momentos pareciera que vivimos al final de un sexenio, pues existe una sensación de agotamiento político. Esto se debe, creo yo, a que el gobierno no ha podido revitalizar sus metas políticas propias —aquellas en que iba a la ofensiva y que le están resultando demasiado complicadas— y aquellas que las circunstancias le han impuesto, en donde va a la defensiva.

La tarea central que los gobernantes nuestros se impusieron al tomar posesión de su cargos en diciembre de 1982, fue, en primer lugar, la de restaurar la salud de la economía —si se le puede llamar salud a lo que había antes—, deteniendo la inflación, restaurando la confianza de los inversionistas y disminuyendo drásticamente el gasto público, entre otras cosas.

★

EL costo principal de la "operación austeridad" debería de recaer, y efectivamente ha recaído, en el salario —es decir, en una baja en el poder adquisitivo— y en la pérdida de oportunidades para un buen número de jóvenes que cada año ingresan a la fuerza de trabajo. Sin embargo, la inflación no ha sido dominada, el aparato estatal tampoco se ha hecho menos obeso ni más eficaz y el crecimiento económico sustantivo no se ha sostenido.

La reestructuración de la economía ha fallado por razones no enteramente bajo el control de los líderes del gobierno —caída de los precios del petróleo, persistencia de tasas altas de interés, proteccionismo internacional, etcétera—. Sin embargo, el empantanamiento de las otras políticas básicas del proyecto original no se debe a factores externos, pues en su

caso las variables importantes sí podían ser controladas desde dentro y desde arriba. Me estoy refiriendo, claro está, a las políticas de renovación moral y de democratización. Ambas parecieron agotarse poco después de haberse iniciado: la primera con el proceso en contra de Jorge Díaz Serrano y la segunda después de los triunfos, no tan sorprendidos, del PAN en Chihuahua y Ciudad Juárez en 1983. En buena medida las grandes batallas de la primera mitad del sexenio se

dieron en el terreno y el momento elegido por el gobierno. Iba a la ofensiva, pero no logró el triunfo.

★

TODO indica que ahora la lucha le va a ser más difícil, pues va a quedar a la defensiva. En efecto, a partir del 19 de septiembre, el tema político ha estado dominado por la respuesta a la catástrofe causada por el terremoto. Como toda situación imprevista y peligrosa, el sismo puso a prueba la capacidad de liderazgo. El resultado ha sido bastante ambiguo. Pese a los múltiples errores, titubeos y falta de iniciativa, la acción oficial en las labores de rescate y reconstrucción no ha sido, afortunadamente, un ejemplo de los peores aspectos del gobierno mexicano. Sin embargo, ni el Presidente ni sus colaboradores han sabido aprovechar la oportunidad de retomar la iniciativa política perdida. Los vecinos de Tlatelolco, los locatarios de Jamaica, los representantes de los empresarios o los dirigentes de la Coordinadora Única de Damnificados, son algunos de los que imponen el carácter y ritmo de la "política del sismo" con sus demandas, manifestaciones, acusaciones y plantones.

LA crisis causada por el terremoto va a pasar, pero ya está en puer-

ta otra: la que está creando la incapacidad de la economía mexicana para cumplir con los terribles términos del pago de su deuda externa. A estas alturas se puede saber que el precio del petróleo va a seguir bajando, que los bancos privados extranjeros están renuentes a mantener el flujo de nuevos préstamos, que las exportaciones no petroleras van a encontrar barreras proteccionistas, etcétera. Todos estamos conscientes de que el esquema formulado en 1982 y 1983 para solucionar el problema de la deuda mexicana —y la de otros países— no ha funcionado. Esta conciencia existe tanto en México como entre los bancos y los gobiernos de los países prestamistas. Sin embargo, a los bancos no les conviene ser los primeros que modifiquen las reglas del juego —están ganando mucho por cada día que se prolongue el status quo— y los gobiernos de los países industriales no tienen la voluntad política de cambiar el esquema. Por tanto, han dejado la pelota en nuestro campo. En donde

va a estallar el problema, es aquí.

Es necesario y urgente que el gobierno mexicano se prepare, que no se vuelva a dejar rebasar por el problema, que salga a regañar la ofensiva, que explique clara y públicamente

las posiciones y medidas que piensa tomar cuando llegue el momento crítico. Y, finalmente, que nos llame a los gobernados a movilizarnos en defensa del interés nacional. La deuda no debe hundir ni al gobierno ni a la sociedad. El sexenio no ha terminado.